

097/047/005

## RELACIONES ESTE-OESTE Y PROBLEMAS DE SEGURIDAD

Prof. Dr. ANGEL VIÑAS  
Universidad Complutense  
Asesor del ministro de  
Asuntos Exteriores de España

Las opiniones y valoraciones aquí expresadas son propias del autor y no de ninguna de las instituciones con las que está conectado.

Las relaciones Este-Oeste han atravesado por tres fases desde la adopción del informe Harmel: en la primera, de 1969 a 1975, predominó por lo general la necesidad de resolver los problemas que venían arrastrándose. En consecuencia, tuvo un fuerte componente bilateral. En la segunda fase, de 1975 a 1979, dicha política se orientó más por las conveniencias de futuro, no careció de un cierto enfoque multilateral y puso en perspectiva complejas cuestiones militares y estratégicas. Se desarrolló en medio de fuertes críticas y en un contexto de creciente erosión. En la tercera, de 1980 a la actualidad, la relación Este-Oeste ha sufrido una peligrosa bipolarización, asumiendo protagonismo la conceptualización de la misma en términos muy escorados hacia planteamientos militares. Nunca tuvo la política de distensión, como denominador común de la organización de las relaciones Este-Oeste, interpretaciones homogéneas. Con todo, tanto las dos superpotencias como los países europeos salieron beneficiados de la misma. En esta ponencia no se hará énfasis en los aspectos históricos, pues de lo que se trata es de plantear una visión lo más desapasionada posible de la situación actual tal y como la entiende el autor.

## I. Relaciones Este-Oeste y distensión

Para la Unión Soviética la distensión ha sido una «necesidad objetiva» de la época, la forma que en un momento determinado adquiriría la confrontación entre los dos sistemas contrapuestos, que no implicaba en modo alguno la reconciliación de las ideologías y que no podía eliminar las contradicciones existentes entre capitalismo y «socialismo». En la percepción del Kremlin la distensión resultaba del acrecentamiento del poder soviético y de una modificación en la «correlación de fuerzas» en favor del campo «socialista».

En consecuencia, la distensión no significó para Moscú el mantenimiento del *statu quo*, sino una manifestación más de la pugna económica, política e ideológica contra las «fuerzas agresivas del imperialismo». El propio Breznev reconoció abiertamente que no eliminaba las «leyes» de la lucha de clases y que en modo alguno cabría desconocer que la Unión Soviética divisaba en la distensión la posibilidad de crear unas condiciones más favorables para la construcción del comunismo y la expansión del socialismo de cuño soviético.

La erosión de la distensión, en la que esta ponencia no se detiene, es uno de los grandes problemas de las relaciones Este-Oeste. Ha mostrado, desde luego, que si bien los líderes soviéticos estaban interesados en profundizar la cooperación con Occidente en ciertos campos, e incluso en realizar ciertas concesiones, no por ello disminuía su aspiración a alcanzar metas que chocaban con intereses occidentales. A los efectos de esta última se ha añadido no en último término, la tensión política y psicológica derivada para los norteamericanos de la pérdida de la superioridad nuclear y de la aceptación de la paridad. Tampoco los Estados Unidos interpretaron siempre adecuadamente muchos de los cambios acaecidos en el Tercer Mundo durante la década de los setenta e hipertrofiaron el papel de la Unión Soviética en los mismos.

Tras estos factores en la erosión de la distensión hay, me parece, una responsabilidad compartida. Los Estados Unidos divisaron en la distensión una forma de modificación del comportamiento del Kremlin en la escena internacional, influyendo en las tendencias expansionistas del mismo a través de una oferta de colaboración en ámbitos de interés mutuo. La Unión Soviética, por el contrario, divisó siempre en la distensión una mezcla de cooperación y conflicto, rechazando explícitamente el concepto de «linkage». Si la cooperación es, en efecto, en beneficio mutuo, difícilmente cabría esperar que por ello el Kremlin fuese a cambiar su política para adaptarla a las nociones norteamericanas sobre el comportamiento internacional correcto.

Tal erosión, acentuada en los últimos años, ha enfatizado la importancia crucial que plantea el problema de cómo lidiar mejor con las consecuencias del proceso de rearme soviético y cuál haya de ser la respuesta occidental óptima en el contexto creado por las acciones de las dos superpotencias. Ello ha dado nuevo aliento a viejas tensiones euroatlánticas.

## II. La expansión soviética

Contemplada desde los años ochenta, la posición que hoy ocupa la Unión Soviética en las relaciones internacionales representa un cambio fundamental comparada con la que tenía en los días de Stalin. La U.R.S.S. no se encuentra ya encerrada en los amplios confines de su imperio. Tiene intereses globales y está en condiciones de proyectar influencia fuera de las fronteras del mismo.

Este cambio de posición ha sido posible gracias a la persistencia de los esfuerzos de la dirección del Kremlin por contornear y sobrepasar las limitaciones que

le imponía la política de contención occidental, a la continuada expansión de una fuerte capacidad militar, al colapso del sistema colonial occidental y a la posibilidad de aprovechar, en beneficio propio, los conflictos de interés que durante años y años se han interpuesto, y se interponen, entre los países occidentales y los nuevos Estados del Tercer Mundo. No cabe minusvalorar las deficiencias occidentales por reaccionar, dinámica y adecuadamente, con perspectiva de largo plazo a lo que los ideólogos soviéticos consideran la cambiante correlación internacional de fuerzas.

El análisis de la política exterior soviética muestra una notable consistencia en sus objetivos.

A) El más importante estriba, sin duda, en eliminar o contrarrestar la tendencia a que del entorno internacional se desprenda un peligro inminente para la estabilidad del sistema de dominio. En términos concretos, ello significa que la Unión Soviética está vitalmente interesada en evitar un conflicto armado con Occidente.

B) En segundo lugar, la política soviética está lastrada por un sobredimensionamiento patológico de la noción de la propia seguridad. La contradicción entre esta aspiración y el deseo de aprovechar cualesquiera oportunidades para debilitar a los adversarios afecta negativamente a los propios planteamientos estratégicos soviéticos.

El papel de la ideología en la política exterior del Kremlin ha dado origen a interpretaciones sin cuento. No está cerrada la discusión entre quienes divisan en el comportamiento de la U.R.S.S. la expansión de intereses tradicionales, derivados de la historia, la cultura, la mentalidad y la situación geoestratégica del pueblo ruso y quienes lo hacen depender de planteamientos revolucionarios que apuntan hacia una escatología que implicaría la universalización del sistema soviético.

En la U.R.S.S. la ideología desempeña un papel legitimador trascendente y único. En el plano interior porque, sin ella, el sistema aparecería a las diversas nacionalidades que componen el imperio soviético como una dictadura brutal. En el plano exterior porque en los países de su zona de influencia ésta quedaría mucho más al desnudo, en el Tercer Mundo porque las acciones del Kremlin se interpretarían como resultado de la puesta en práctica de una política expansiva en apoyo de intereses nacionales soviéticos.

La ideología tiene, pues, un papel esencial en la política exterior soviética. Moscú justifica ideológicamente su comportamiento ante los reproches de que orienta su acción por las conveniencias de mantener el *statu quo* o cuando filtra por medio de la ideología las percepciones con las que los dirigentes del Kremlin contemplan la escena internacional.

Sentado esto, en Occidente se ha dado una cierta tendencia a simplificar el comportamiento soviético y a subrayar más las implicaciones del acrecentamiento de medios y capacidades militares que el análisis político y de intenciones de la dirección del Kremlin.

El comportamiento internacional de la Unión Soviética parece caracterizarse por, al menos, cuatro principios básicos.

1.º Preparación cuidadosa y cálculo racional del riesgo.

2.º Aspiración a legitimarlo, bien sea en consonancia con ciertas reglas de derecho internacional, de acuerdo con la preservación de los intereses establecidos en las zonas de influencia o a tenor de los principios ideológicos que dan fundamento al Estado soviético: protección de las conquistas «socialistas» y generación de condiciones favorables para continuar el progreso de la revolución.

3.º Preferencia por crear hechos consumados, imponiendo al adversario la responsabilidad por la eventual escalada subsiguiente. El Kremlin ha subrayado siempre las virtudes de la sorpresa y su adecuada explotación, lo que implica aprovechar los puntos débiles en la capacidad de anticipación del adversario y su re-

nuncia a participar en la carrera de riesgos así como definir la correcta acción táctica.

4.º En la realización de sus objetivos políticos la Unión Soviética ha dado muestras de gran inflexibilidad cuando estima afectados intereses vitales y han seguido un comportamiento dinámico adecuando metas y actuaciones al grado de resistencia que haya encontrado.

Dicho esto, la Unión Soviética es hoy una gran potencia con intereses globales, que se enfrenta a una multitud de problemas. En Europa el tenor de su comportamiento es más bien conservador, orientado por la conveniencia de mantener el *statu quo* más que por la necesidad de hacer avanzar su esfera de influencia hacia el Oeste, ciertamente no por medios militares. Tiene un interés eminente en continuar la cooperación con los países europeos occidentales, con el fin de obtener un amplio abanico de *inputs* para su sistema productivo y distributivo, que necesita desesperadamente. En Asia el objetivo fundamental estriba en desarrollar los enormes recursos siberianos. En el Tercer Mundo su apoyo a lo que los ideólogos del Kremlin caracterizan de «causa anti-imperialista» ha sido, por lo general, reducido, cauteloso y explotador de debilidades endógenas en los países en que se ha materializado. Afganistán parece constituir un caso excepcional, en el que Moscú intentó prevenir por la fuerza la posibilidad de erosión de una toma de influencia política previa.

En general, subsisten fuertes constreñimientos para la política exterior del Kremlin, que ha de hacer frente a una contradicción fundamental: en tanto su capacidad y poder militares a lo largo de los últimos veinte años no han cesado de crecer, el nivel y grado de su influencia política han venido disminuyendo.

En muchos países del Tercer Mundo la nueva posición soviética depende, en gran medida, de la coincidencia de intereses con los de los Estados «clientes». En otros, la ayuda no ha podido crear una situación política estable. Importantes procesos, como el del Oriente Medio, se desarrollan sin que el Kremlin haya estado en condiciones de acrecentar su influencia. La confrontación con China, aunque se ha reducido en virulencia, no ha sido eliminada. La situación económica impone límites a la proliferación de políticas destinadas a proyectar influencia política. La ejercida sobre el movimiento de países no alineados se ha atenuado.

La expansión política la ampara una política flexible, no constreñida por fuertes disentimientos internos, atenta siempre a dividir y separar a los potenciales adversarios, pero eludiendo la confrontación directa y el empleo masivo de la fuerza fuera de la zona de influencia o control.

En su aplicación, el Kremlin no ha tenido demasiado éxito: algunos de aquellos potenciales adversarios han iniciado un «*rapprochement*» premonitor, las relaciones con los Estados Unidos han empeorado, la tecnología occidental no ha vigorizado la economía soviética, una nueva ronda de la carrera armamentística ha comenzado.

En la actualidad es posible que el contexto internacional si bien encierra abundantes riesgos para Occidente, no parezca mucho más seguro que antes, contemplado desde el Kremlin.

### III. Situación actual

Ciertos analistas occidentales han distinguido cuatro tendencias en la política exterior soviética. Una sería la tendencia «autárquica», que enfatiza la necesidad de acrecentar la dependencia con respecto a los propios recursos para impulsar el crecimiento económico y disminuir, en la más amplia medida posible, las vulnerabilidades que se abren en el contacto con el exterior. Fácilmente se observa que dicha

tendencia traduce las reticencias tradicionales con que una parte del aparato soviético ha contemplado la interacción con el entorno. Este aparece como esencialmente hostil. De aquí que no tenga sentido entrar en arreglos de cooperación con el mismo. Tal tendencia se ve intensificada por el escaso grado de discusión pública en la U.R.S.S. sobre los problemas internacionales y por el etnocentrismo de una gran parte de la dirección política de alto nivel.

La segunda tendencia acentúa, por el contrario, la importancia de la cooperación con Occidente a fin de reducir la intensidad de la asignación de recursos hacia los sectores militares de la economía, disminuir los riesgos de conflicto y promover el crecimiento económico, una vez que la estrategia de desarrollo ha puesto de relieve, una y otra vez, la incapacidad soviética por poder impulsar decididamente la expansión de la base material de la sociedad.

La tercera tendencia subraya la existencia de un amplio abanico de oportunidades para aumentar el prestigio y la influencia soviéticos, reduciendo a la par la capacidad de maniobra de los principales adversarios y, por consiguiente, acrecentar la seguridad propia. Es una tendencia «activista» o «internacionalista».

La última tendencia es la más ambiciosa de todas: con proyección globalista, trata de crear un nuevo orden internacional en el que puedan florecer los *lendemains qui chantent*, caros a la escatología comunista.

Estas cuatro tendencias son elementos heurísticos para comprender las grandes pulsaciones de la política exterior soviética. En la segunda mitad de los años setenta, es evidente que la U.R.S.S. enfatizó más la tercera tendencia que la segunda. La experiencia de las sanciones sufridas después de la crisis de Afganistán ha dado pie a una vigorización de los temores a caer en una excesiva dependencia. La proyección de influencia global, asentada en la capacidad militar, ha desarrollado la apetencia de participar activamente en la reestructuración del sistema de relaciones internacionales, difícil de realizar, si no imposible, sin que la Unión Soviética desempeñe en ello un papel importante.

El año en curso no promete ningún futuro fácil. La retirada soviética de las negociaciones de desarme, aunque quizá reversible, no dará origen a un giro importante en el corto plazo. La campaña electoral norteamericana no encierra un ambiente abonado para adoptar iniciativas nuevas e inspiradoras. En el contexto de una paralización del diálogo entre las superpotencias, difícilmente será posible realizar avances significativos en el terreno de las relaciones Este-Oeste.

Uno de los objetivos tradicionales de la política soviética con respecto al mundo occidental ha estribado en romper la cohesión de la Alianza Atlántica. Es difícil, tras la experiencia un tanto traumática de los últimos cuatro años, que la dirección del Kremlin considere hoy tal objetivo como viable. Sin duda en Moscú se han manejado otras alternativas: paliar en la más amplia medida todo fortalecimiento de la defensa occidental. En último término, hay que pensar que, en el corto periodo, lo que más interesará al Kremlin será que la Alianza se mantenga tal y como se encuentra en la actualidad, con la menor cooperación posible en política de defensa.

En este sentido, parece evidente que la acción soviética se ha concentrado y concentrará en explotar al máximo las divergencias de opinión e intereses entre los Estados Unidos y los demás miembros de la Alianza. En tanto en cuanto estas divergencias están ancladas en realidades que se ven diferentemente afectadas por la política a seguir con respecto a la Unión Soviética y por contraposición de intereses, sobre todo económicos y políticos, entre ciertos países de la Europa Occidental y los Estados Unidos, parece razonable que la acción soviética vaya a intensificarse.

La experiencia de los últimos años ha puesto de relieve las dificultades que se interponen en el diálogo euroatlántico. Muchas están basadas en factores eco-

nómicos (la política seguida por la Administración Reagan endurece, en efecto, las condiciones en que Europa ha de hacer frente a las consecuencias de la crisis). Otras se basan en una muy diferente percepción de cómo proyectar influencia en y sobre el Tercer Mundo. También han surgido tensiones respecto a la forma en cómo hacer frente a ciertas crisis del sistema soviético.

La situación de seguridad de Europa occidental ha dado origen a preocupaciones considerables. Es cierto que la cohesión de la Alianza se ha visto reforzada, hasta el momento, por la puesta en práctica de la doble decisión, que ha paliado ciertos temores europeos a un desenganche del dispositivo disuasor norteamericano, pero se ha acrecentado la ansiedad de la opinión pública y en algunos países roto el consenso que hasta hace poco ha estado en la base de la política de seguridad.

El énfasis europeo en la necesidad de intensificar los esfuerzos en materia de control de armamentos no ha tenido, en la opinión de muchos, un respaldo paralelo en la Administración norteamericana, cuyo diagnóstico sobre la naturaleza de la amenaza soviética ha diferido considerablemente del que prevalecía en Europa occidental.

Recientemente, voces muy autorizadas de la Administración Reagan han reprochado a los europeos una visión demasiado eurocéntrica del mundo y un intento de eludir responsabilidades esenciales en la puesta a punto de un mecanismo más apropiado para hacer frente a la amenaza común.

#### IV. Parámetros de futuro

En consecuencia, los parámetros más importantes que configuran la evolución previsible de los problemas de seguridad europeos parecen ser los siguientes:

- a) Valoración de la amenaza común.
- b) Volumen de fuerzas que ampara dicha política.
- c) Validez de la estrategia de la «respuesta flexible».
- d) Adecuación del dispositivo militar occidental.

En todos ellos el nivel de fricción entre los intereses europeos y norteamericanos juega un papel que oscila entre importante y determinante. En su conjunto han dado origen a una situación cualitativamente distinta a la de los años sesenta y setenta.

- a) Valoración de la amenaza común.

Los dos extremos entre los que se sitúa el debate respecto al primer parámetro son los siguientes:

1) La U.R.S.S. puede verse tentada a realizar ciertos experimentos que desemboquen en una apertura de hostilidades. Dichos experimentos pueden realizarse fuera del área geográfica de la OTAN o, más improbablemente, en Europa. La etiología de dicha motivación es varia: equívocos sobre la presumible reacción occidental, deslizamiento desde una situación de crisis aguda, presión de fuerzas internas al Estado soviético.

2) La U.R.S.S. sólo persigue objetivos políticos en Europa y, por consiguiente, hay que descontar en la era nuclear una estrategia consciente de confrontación militar. Tales objetivos serían, esencialmente, la problematización de la «respuesta flexible» de la Alianza, el debilitamiento de la conexión euro-norteamericana y, en último término, la intimidación de la Europa Occidental, a la vez que se desalienta así todo intento de desacato o emancipación en la Oriental.

En una posición intermedia se sitúan quienes diagnostican que una acción soviética contra la Alianza sólo es verosímil cuando el Kremlin considere que las hostilidades son inevitables o cuando interprete alguna maniobra occidental como di-

rigida contra los intereses vitales soviéticos. Estos serían básicamente: 1) la seguridad del territorio de la Unión Soviética; 2) la posición soviética en la Europa Oriental, y 3) el acceso a zonas o áreas que constituyen una preocupación para la dirección soviética.

b) Volumen de fuerzas que ampara la política soviética.

Sobre intenciones cabe especular interminablemente. Se presta menos a la especulación, sin embargo, el formidable esfuerzo militar realizado por la Unión Soviética desde el comienzo de los años sesenta y que se ha desarrollado con un ritmo sostenido y no siempre en respuesta a los norteamericanos, más entrecortados, y a los europeos occidentales, mucho menos intensos y de alcance, en cualquier caso, muy inferior.

Son numerosos los analistas que entrevén en dicha política soviética de reforzamiento de la capacidad militar un cambio cualitativo de estrategia: si hasta los primeros años de la década de los sesenta el Kremlin parecía reaccionar a los peligros que sus dirigentes percibían en un entorno inseguro, desde tal fecha parecen llevar a cabo una política de fortalecimiento militar destinada a abrir y aprovechar nuevas oportunidades. Estas no son ya sólo de carácter regional (limitadas a garantizar la seguridad y defensa de la propia Unión Soviética y de los países del Pacto de Varsovia), sino que tienden a «proteger» a aliados y clientes esparcidos por todo el globo, de Cuba a Angola, de Yemen del Sur a Vietnam. Es fácil, por supuesto, exagerar lo que ello representa (una abundante producción literaria de los anticomunistas profesionales así lo demuestra), pero es evidente que durante los últimos veinte años la U.R.S.S se ha dotado de la capacidad de proyectar influencia militar en regiones en las que hasta entonces su influjo era meramente ideológico o político.

Tal cambio cualitativo plantea dificultades de diagnóstico. En él figura, en efecto, la necesidad de interpretar intensas transformaciones en el nivel de fuerzas soviéticas ligadas a la:

a) Superioridad mantenida y modernizada en el dispositivo convencional sobre el teatro europeo.

b) Paridad en el terreno de los sistemas estratégicos nucleares.

c) Expansión de las fuerzas nucleares de alcance intermedio, unidas hoy a la consecución de una superioridad considerable en sistemas de diseño avanzado.

Si los soviéticos no consideran racional la guerra nuclear, ¿cómo se explica el acrecentamiento que ha experimentado el volumen de fuerza que ampara la política del Kremlin hacia Europa?

Para muchos tratadistas tal explicación radica en el propósito soviético de debilitar la estrategia de la «respuesta flexible» demostrando ante la dirección política y la opinión pública europeas que puede cortarse la vinculación entre la guerra convencional y la guerra nuclear y entre la guerra en Europa y la guerra en general. La idea estribaría en modificar de manera radical el haz de influencias que gravitan sobre las percepciones europeas occidentales y, por ende, crear la impresión de que como el Occidente de Europa no podrá ser defendido, llegado el caso no se le defenderá.

En tal contexto se afirma, en particular, que la superioridad soviética en armas nucleares de teatro e intermedias amenaza a Europa Occidental con la intimidación política ya que dicho reforzamiento desincentiva a los Estados Unidos para acudir en ayuda de ésta.

En el caso de una confrontación entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, la U.R.S.S. puede asestar a los países europeos occidentales un golpe nuclear para el cual no hay respuesta posible de naturaleza y nivel similares: de aquí que la Alianza siga dependiendo de la capacidad nuclear estadounidense. Y no faltan quienes hipotetizan que en tal supuesto Washington habría de escoger entre la in-

hibición o recurrir al arsenal estratégico nuclear. Ya Kissinger implicó en 1979, en una sonada conferencia previa a la doble decisión de la OTAN, que, en último término, la seguridad de Europa estaba basada en la disposición norteamericana por afrontar la posibilidad de suicidio.

La estrategia militar soviética es *warwinning*. Para muchos analistas ello implica, en la síntesis de Christopher N. Donnelly, que el Estado Mayor soviético preconizará una línea de acción que tiende a: 1) coger de sorpresa a la OTAN; 2) provocar el más intenso *shock* posible a ésta en las primeras horas de las hostilidades; 3) paralizar los sistemas de mando y control aliados colapsando la capacidad de reacción; 4) generar una penetración rápida en territorio occidental a lo largo de ciertos ejes de avance seleccionados que destruyan la estructura defensiva, y 5) reducir el peligro que plantean los sistemas nucleares tácticos de la OTAN en la medida en que se elimine la mayor parte de ellos durante los primeros momentos del ataque, se dificulte la utilización de los restantes y, si se produce ésta, se neutralice la capacidad nuclear en Europa Occidental en base a un ataque masivo contra los puntos en que esté ubicada.

c) Validez de la «respuesta flexible».

El tercer parámetro de futuro hace referencia a la validez de la estrategia de la «respuesta flexible», reafirmada por la OTAN.

En la seguridad militar de Europa no gravita una confrontación entre sistema de armas, sino una confrontación de estrategias. Cada parte cree que la otra trata de socavar la estrategia de la «respuesta flexible» fue diseñada cuando la OTAN disponía de superioridad numérica en los arsenales nucleares, estratégicos y tácticos. Hoy carece de ella y, por consiguiente, se plantea el problema de si ha de ser revisada fundamentalmente o si sólo requiere retoques no esenciales. La doctrina oficial de la Alianza, tras la cual late un debate muy intenso, es que dicha estrategia sigue siendo válida aunque deba ser mejorada en dos dimensiones: en la nuclear, con el despliegue de los nuevos 572 sistemas previstos, y en la convencional, con un reforzamiento de la capacidad de defensa de tal carácter haciendo uso de las más modernas tecnologías. El fin de todos estos esfuerzos estriba en mantener la situación de disuasión mutua.

Esta contiene, desde luego, una promesa de exterminio. Se evita que el adversario utilice sus armas con la amenaza de dar muerte a millones de ciudadanos y haciendo todo lo posible para convencerle de que tal amenaza está pensada en serio (el adversario, por su lado, hace lo mismo). De aquí que se haya afirmado que no sólo es inmoral el uso de armas de destrucción masiva, sino también la intención de utilizarlas. Y la condena se ha hecho, en ocasiones, particularmente intensa cuando la amenaza de empleo se dirige contra ciudades (blancos «blancos»).

La validez de la «respuesta flexible» pretende mantenerse no sólo con el despliegue de nuevos sistemas nucleares intermedios, sino con la intensificación del aparato disuasor convencional, cuarto parámetro de los que inciden sobre la seguridad europea.

No es la doctrina, en efecto, la que puede hacer inevitable una política de escalada hacia niveles superiores de destrucción. Es la situación misma de comparación relativa de fuerzas regionales. Y como tales comparaciones no pueden hacerse con independencia de las situaciones globales, de las percepciones de amenaza y de las respuestas organizativas y técnicas de largo periodo de maduración, la controversia tiende a ser tediosa y prolija. Aquí nos referimos, simplemente, a la situación en Europa.

d) La adecuación del dispositivo militar occidental.

Los analistas del IISS han afirmado que «el balance numérico ha ido moviéndose lenta pero constantemente en favor del Este» a la vez que «Occidente ha per-



dido en amplia medida el avance tecnológico que permitía a la OTAN creer que la calidad podía ser un sustituto de la cantidad».

Ciertamente de aquí no cabe incluir que la situación sea irreversible, pero sí ha alarmado lo suficiente a los aliados occidentales como para que se sugieran múltiples remedios. En los momentos actuales la agresión militar en Europa sigue siendo un asunto complicado: detallados estudios como los de Mearsheimer, referidos a lo que tradicionalmente se considera como la zona de más peligro, el frente central, han puesto de relieve que el Pacto de Varsovia no goza de la suficiente superioridad numérica como para, a priori, poder cantar victoria en el supuesto de una apertura de hostilidades. Otros, como el general Krause, han cuestionado también el desequilibrio, manifestando que éste es mucho menor de lo que suele creerse y que el nivel de fuerzas convencionales del Este no basta para garantizar que pueda tener éxito en una agresión.

Para el analista que se previene contra el peor caso posible (lo cual suele formar parte de la lógica de la planificación militar), la vinculación entre armas convencionales y nucleares tiene que ser bastante estrecha. Si unas hostilidades convencionales fueran mal (y si no fallan las estimaciones acerca de la estrategia soviética con el hincapié que se le imputa en la necesidad de neutralizar rápidamente los arsenales nucleares tácticos que podrían entorpecer un avance) no cabe descartar la posibilidad de rápida escalada. En la doctrina de la OTAN dicha escalada apunta hacia un primer empleo de sistemas nucleares aunque el Pacto de Varsovia (inverosímilmente) no haya lanzado acciones que, por lo menos, bordeen lo nuclear (siquiera sea para neutralizar los occidentales). Por consiguiente, dicho primer empleo por parte de la Alianza (es decir, de los Estados Unidos, que en gran medida controlan el disparadero atómico) es, en realidad, un último recurso. Nadie puede demostrar empíricamente cuándo y cómo se atravesaría la línea de distinción entre lo convencional (no nuclear, pero de elevada capacidad destructora) y lo nuclear. La línea, en sus efectos mortíferos, puede desdibujarse un tanto, ya que en su letalidad las armas tácticas atómicas igualan o quedan por debajo de las más modernas convencionales. Sin embargo, en términos conceptuales existe lo que suele caracterizarse como *firebreak*. ¿Merece la pena mantenerlo o diluirlo? He ahí la cuestión que planea sobre la seguridad militar europea y que abre la puerta a numerosos interrogantes.

¿Ha de seguir practicándose una política de contención basada en el robustecimiento de la capacidad militar occidental? ¿En qué condiciones evolucionará esta contención de la amenaza soviética? ¿Decrecerá la dependencia europea del paraguas nuclear norteamericano? ¿Variará en el plazo medio la política de *non early first use* de la Alianza en favor de una estrategia alternativa, todavía por diseñar?

¿Cómo buscar, si es que ello es posible, un acomodo parcial con la Unión Soviética, sin mengua de la capacidad de defensa conjunta? ¿Ha de aceptarse la noción de que el declive en la atracción ideológica, política y económica del Kremlin abre el paso a una situación de labilidad, al inducir un cierto pesimismo entre los dirigentes soviéticos sobre sus posibilidades de futuro?

Con todo, si la amenaza es política la respuesta que se le dé no podrá eludir actuaciones de tal carácter.

## V. Conclusiones

Si se acepta la argumentación precedente, las inferencias más importantes que cabe destacar son las siguientes:

1.º La seguridad europea sigue descansando, en el plazo corto y medio, en el continuado apoyo norteamericano.